



*No ha ocurrido, se dijo Claire. Es una pesadilla, solo otra pesadilla. Te despertarás y habrá desaparecido como la niebla...*

Claire cerraba los ojos con fuerza. Tenía la boca seca, acartonada, y estaba recostada contra el cuerpo cálido y sólido de Shane, encogida en el sofá de la Mansión Glass.

Aterrorizada.

*Es solo una pesadilla.*

Pero cuando abrió los ojos, su amigo Michael seguía en el suelo frente a ella, muerto.

—Shane, haz callar a las chicas o tendré que hacerlo yo —soltó el padre de Shane. Recorría el suelo de madera de un lado a otro, con las manos a la espalda, evitando en todo momento mirar el cuerpo de Michael, envuelto en una gruesa y polvorienta cortina de terciopelo. Sin embargo, ahora que había vuelto a abrir los ojos, Claire no podía apartarlos de él. Había sucedido, y no era una pesadilla que fuera a desaparecer. El padre de Shane estaba aquí y era aterrador, y Michael...

Michael estaba muerto. Aunque Michael ya lo estaba antes, ¿no? De un modo fantasmal. Muerto de día... vivo de noche...

Claire no se dio cuenta de que estaba llorando hasta

que el padre de Shane la miró con ojos enrojecidos. No había sentido aquel tipo de terror ni siquiera al cruzar una mirada con un vampiro... bueno, tal vez una o dos veces, porque Morganville era un lugar horripilante y los vampiros bastante aterradores.

El padre de Shane —el señor Collins— era un hombre alto y esbelto, y tenía un cabello desgredado, rizado, que en algunas zonas empezaba a encanecer. Lo llevaba largo, lo suficiente como para cubrirle el cuello de la chaqueta de piel. Tenía ojos oscuros. Paranoicos. Y una enorme cicatriz en el rostro, arrugada y descarnada.

Sí, definitivamente aterrador. No era un vampiro, sino un simple hombre, y eso le convertía en doblemente aterrador.

Claire se sorbió la nariz, se secó los ojos y dejó de llorar. Algo en su interior le decía: *Llora después, ahora sobrevive*. Supuso que Shane había oído la misma voz porque ya no estaba mirando fijamente el bulto aterciopelado que era el cuerpo de su mejor amigo sino a su padre. Pese a que Shane también tenía los ojos enrojecidos, no había en ellos ni rastro de lágrimas.

Ahora Shane también la estaba asustando.

—Eve —dijo Shane débilmente; y más alto—: ¡Eve! ¡Cierra la boca!

Su otra compañera de piso, Eve, estaba sentada en una posición extraña, pegada a la pared de las librerías, tan lejos del cuerpo de Michael como le era posible. Lloraba desconsoladamente, con la cabeza entre las rodillas. Levantó la cabeza cuando Shane gritó su nombre y Claire vio que tenía el rostro manchado de rímel y que la mayor parte del maquillaje blanco había desaparecido. Aunque no sabía por qué parecía importante, también reparó en que llevaba puestos sus zapatos Mary Jane con calaveras.

Eve parecía completamente perdida, y Claire bajó del sofá para sentarse a su lado. Se rodearon mutuamente con los brazos. Eve olía a lágrimas y a sudor, y a algún tipo de

perfume dulce de vainilla. No podía dejar de temblar por la conmoción. O eso es lo que siempre decían en la tele. Tenía la piel muy fría.

—Shhhh —le susurró Claire—. Michael está bien. Todo irá bien. —No sabía por qué había dicho aquello porque sabía que era mentira. Tenía que serlo, porque todos habían visto... lo que había ocurrido... pero, de algún modo, supo que era lo que debía decirle. E, inmediatamente, los sollozos se fueron apagando hasta detenerse, y Eve se cubrió el rostro con manos temblorosas.

Shane no había dicho nada más. Seguía mirando a su padre con la intensidad que la mayoría de la gente dedica a los tipos a quienes les gustaría convertir en carne picada. Si su padre reparó en ello, no lo demostró. Continuó caminando por el salón, de un extremo al otro. Los tipos que habían venido con él —bloques andantes de músculo con chaquetas negras de motorista, cabezas afeitadas y tatuajes— permanecían en los extremos de la habitación, con los brazos cruzados frente al pecho. El que había matado a Michael parecía aburrido, y no dejaba de jugar con el cuchillo.

—Levántate —dijo el padre de Shane, deteniéndose frente a su hijo—. Ni se te ocurra tocarme las narices. ¡He dicho que te levantes!

—No tenías que hacerlo —dijo Shane mientras se incorporaba y hacía frente a su padre con las piernas ligeramente separadas. Preparado para dar (o recibir) un puñetazo, pensó Claire—. Michael no representaba ninguna amenaza para ti.

—Es uno de ellos. Un no-muerto.

—¡He dicho que no era ninguna amenaza!

—Y yo te digo que no quieres admitir que tu amigo se había convertido en un monstruo. —Su padre alargó un brazo y le dio un manotazo en el hombro, en lo que Claire supuso que era un gesto afectuoso. Shane se limitó a soportar el golpe—. De todos modos, lo hecho, hecho está.

Ya sabes por qué estamos aquí. ¿O necesitas que te lo recuerde?

Shane no le contestó, y su padre introdujo una mano bajo su chaqueta y extrajo un mazo de fotografías. Se las lanzó a Shane, se estrellaron contra su pecho y, aunque este intentó cogerlas en un acto reflejo, algunas acabaron esparciéndose por el suelo de madera. Unas cuantas se deslizaron hasta los pies de Claire y de Eve.

—Oh, Dios —susurró Eve.

Fotografías de la familia de Shane, supuso Claire. Shane de niño rodeando con un brazo a una niña aún más pequeña, una niña con una mata rizada de pelo negro. Tras ellos, una hermosa mujer y, junto a esta, un hombre con un remoto parecido al señor Collins. Aún no tenía cicatriz, y llevaba el pelo muy corto. Parecía... normal. Sonriente y feliz.

Había otras fotografías. Eve estaba mirando una, pero Claire no supo distinguir lo que aparecía en ella. Algo negro y retorcido y...

Shane se agachó y se la arrancó de las manos, devolviéndola al montón.

*Su casa se quemó. Él logró salir. Pero su hermana no tuvo tanta suerte.*

Oh, Dios, aquella cosa retorcida era Alyssa. La hermana de Shane. Los ojos de Claire se llenaron de lágrimas y se cubrió la boca con ambas manos para contener un grito, no porque lo que hubiese en la foto resultara asqueroso —que lo era— sino por el hecho de que *su propio padre* le hubiera obligado a verlo.

Era cruel. Realmente cruel. Y supo que no era la primera vez que lo hacía.

—Tu madre y tu hermana están muertas por culpa de este lugar, por culpa de los *vampiros*. No lo olvides nunca, Shane.

—¡No lo he olvidado! —gritó este. Seguía intentando ordenar las fotografías para formar una pila perfecta, pero

sin mirarlas—. Sueño con ellas cada noche, papá. ¡Cada noche!

—Bien. Fuiste tú quien lo empezó todo. Será mejor que tampoco olvides eso. Ahora no puedes echarte atrás.

—¡No estoy echándome atrás!

—¿Entonces de qué va toda esa mierda de *las cosas han cambiado, papá*? —Su padre le imitó y Claire sintió ganas de darle un puñetazo pese a que debía de pesar cuatro veces más que ella y a ser unas cuantas veces más cruel—. Vuelves con tus antiguos amigos y en cuestión de meses pierdes el valor. Ese era Michael, ¿verdad? El chico Glass.

—Sí. —Shane parecía tener un nudo en la garganta. Claire vio las lágrimas acumulándose en sus ojos—. Sí, era Michael.

—¿Y esas dos?

—Nadie.

—Esta parece un vampiro. —El señor Collins miró a Eve detenidamente, y ella se acurrucó aún más en el suelo.

—¡Déjala en paz! —Shane dejó caer el montón de fotografías sobre el sofá y se interpuso en el camino de su padre con los puños apretados. Su padre levantó las cejas y le miró con una sonrisa truncada por la cicatriz—. No es un maldito vampiro. Se llama Eve Rosser, papá. ¿Te acuerdas de Eve?

—¿Cómo? —dijo su padre, y miró a Eve durante unos segundos antes de encogerse de hombros—. Entonces no le queda mucho para serlo, lo que, según tengo entendido, es aún peor. ¿Y la cría?

Se refería a Claire.

—No soy ninguna cría, señor Collins —dijo Claire, poniéndose en pie. Algo no acababa de funcionar; parecía que su cuerpo estaba hecho de cuerdas y alambres. Su corazón latía tan rápido que le costaba respirar—. Vivo aquí. Me llamo Claire Danvers y estudio en la universidad.

—En la universidad. —No era una pregunta—. Pareces muy joven.

—Me he saltado un par de cursos, señor. Tengo dieciséis años.

—Los dulces dieciséis. —El señor Collins volvió a sonreír, o al menos lo intentó. La cicatriz le curvó la parte derecha de la cara—. Apuesto a que aún no te han besado.

Claire sintió que se ruborizaba. No pudo evitarlo, ni tampoco desviar la mirada hacia Shane. Este tenía la mandíbula en tensión, los músculos palpitando. No miraba nada en particular.

—¡Aja! Con que esas tenemos. Chaval, ándate con cuidado si no quieres acabar entre rejas. —Aun así, el padre de Shane parecía extrañamente satisfecho—. Me llamo Frank Collins. Supongo que te habrás dado cuenta de que soy el padre de este, ¿no? Antes vivía en Morganville. Hace unos cuantos años que me largué.

—Desde el incendio —dijo Claire, tragando con fuerza—. Desde que murió Alyssa. ¿Y su mujer? —Porque Shane no le había contado nada de su madre.

—Molly murió poco después —dijo el señor Collins—. Después de irnos. La mataron los vampiros.

Eve habló por primera vez, y lo hizo con un hilo de voz, indecisa.

—¿Cómo recordó esto? ¿Cómo recordó Morganville después de irse? Pensaba que nadie podía hacerlo.

—Molly lo recordó todo —respondió el señor Collins—. Poco a poco. No podía olvidar a Lyssa, y eso abrió la puerta, centímetro a centímetro, hasta que lo recordó todo. Así supimos lo que debíamos hacer. Arrasar, destruirlo todo, ¿verdad, hijo?

Shane asintió, un gesto nacido no tanto de la aceptación sino más bien del deseo de no recibir una bofetada por discrepar.

—Durante un tiempo nos dedicamos a hacer los preparativos y, un día, enviamos a Shane de vuelta a Morganville para indagar, para que detectara los puntos clave y todo lo que no podríamos descubrir cuando por fin decidiéramos

mos desembarcar. En cuanto llamó para pedir ayuda, no pudimos esperar ni un minuto más. Llegamos en tiempo récord.

Shane parecía enfermo. No podía mirar a Eve, ni a Claire, ni al cuerpo de Michael. Ni a su padre. Tenía la vista perdida en un punto indeterminado. Aunque Claire no recordaba haberle visto llorar, en sus mejillas podían verse los surcos dejados por las lágrimas.

—¿Qué piensa hacer ahora? —preguntó Claire débilmente.

—Supongo que lo primero es enterrar eso —dijo el señor Collins señalando con la cabeza el cuerpo de Michael—. Shane, será mejor que te apartes...

—¡No! ¡No le toques! ¡Quiero hacerlo yo!

El señor Collins le miró con el ceño fruncido.

—Ya sabes lo que vas a tener que hacer. —Miró de reojo a Claire y a Eve—. Para asegurarnos que no regresa.

—Es solo una leyenda, papá. No tienes que...

—Así es cómo vamos a hacer las cosas. De la manera correcta. No quiero volver a toparme con tu amigo en cuanto se ponga el sol.

—¿De qué habla? —le susurró Claire a Eve. En algún momento de los últimos minutos, Eve se había puesto en pie y se había colocado a su lado. Estaban cogidas de la mano. Claire tenía los dedos fríos, pero los de Eve parecían témpanos.

—Le clavaré una estaca en el corazón, ¿no es cierto? —dijo Eve, paralizada— Y le meteré ajo en la boca. Y...

—No es necesario que conozcas todos los detalles —la interrumpió el señor Collins—. Acabemos con esto de una vez. Y en cuanto terminemos, Shane nos hará un mapa para dar con los vampiros que manejan el cotarro por aquí.

—¿No sabe cómo encontrarlos? —preguntó Claire—. Usted vivía aquí.

—No es tan fácil, pequeña. Los vampiros no confían en

nosotros. Se mueven continuamente, disponen de todo tipo de protecciones para mantenerse a salvo del castigo divino. Pero mi chico ha encontrado el modo. ¿No es cierto, Shane?

—Sí —dijo Shane con voz neutra—. Acabemos de una vez.

—Pero... Shane, no puedes...

—Eve, *cierra la boca*. ¿No lo entiendes? Ya no podemos hacer nada por Michael. Y si está muerto, ya no importa lo que hagamos con él, ¿no?

—¡No *puedes!* —le gritó Eve— ¡No está *muerto!*

—Bueno —dijo el señor Collins—, supongo que cuando le clavemos una estaca y le cortemos la cabeza, el problema quedará zanjado.

Eve gritó con los puños pegados a la boca y cayó al suelo de rodillas. Claire intentó levantarla pero descubrió que era más pesada de lo que parecía a simple vista. Shane se dio la vuelta inmediatamente y se arrodilló junto a ella; la abrazó de forma protectora mientras miraba a su padre y a los dos moteros, quienes se habían colocado a ambos lados del cuerpo de Michael.

—Eres un cabrón —le dijo abiertamente—. Ya te lo he dicho, Michael no era ninguna amenaza, ni antes ni ahora. Ya le has matado, ahora déjale en paz.

Como única respuesta, el padre de Shane asintió a sus dos amigos —¿cómplices?— y estos se agacharon, levantaron el cuerpo de Michael y lo sacaron por la puerta de la cocina. Shane se puso en pie de un salto.

Su padre se interpuso en su camino y le abofeteó. La fuerza del golpe le hizo perder el equilibrio. Shane levantó las manos para defenderse, no para atacar. A Claire le dio un vuelco el corazón.

—No —jadeó Shane—. No, papá. Por favor.

Su padre levantó el puño para propinarle un segundo golpe, pero miró a su hijo arrodillado en el suelo y se dio la vuelta. Shane se quedó donde estaba, temblando, con los

ojos bajos, hasta que los pasos de su padre se alejaron en dirección a la cocina.

Entonces, Shane se dio la vuelta y cogió a Claire y a Eve del brazo.

—¡Vamos! —siseó mientras las arrastraba hacia las escaleras— ¡Moveos!

—Pero... —protestó Claire antes de mirar por encima del hombro. El padre de Shane estaba mirando a través de la ventana, probablemente supervisando el trabajo (Oh, Dios) de los dos moteros en el patio trasero—. Shane...

—Subid —dijo él. No les dejó otra alternativa. Shane era muy fuerte, y en aquel momento recurrió a toda su fuerza. Cuando Claire quiso darse cuenta, ya estaban en el piso de arriba, en el pasillo, y Shane las empujaba al interior de la habitación de Eve mientras sujetaba la puerta—. Entrad y cerrad la puerta con llave. Lo digo en serio. Abridme solo a mí.

—Pero... ¡Shane!

Shane se dio la vuelta para mirar a Claire, la cogió por los hombros con sus grandes manos, se inclinó y la besó en la frente.

—No los conoces —le dijo—. Mientras estén en casa, no estaréis a salvo. Quedaos aquí hasta que vuelva.

Eve, aún aturdida, murmuró:

—Tienes que detenerlos. ¡No puedes permitir que le hagan daño a Michael!

Shane clavó sus ojos en los de Claire y esta pudo ver una devastadora tristeza en ellos.

—Sí —dijo él—. Aunque ya lo han hecho. Ahora tengo que protegeros a vosotras. Es lo que Michael quería.

Antes de que Claire pudiera pensar en algo que decirle, Shane la empujó al interior de la habitación y cerró la puerta de golpe. Desde el otro lado, golpeó la madera con el puño y gritó:

—¡Cerradla con llave!

Claire alargó la mano y giró el cerrojo; también aseguró

la puerta con la vieja llave. Se quedó donde estaba porque, de algún modo, podía sentir la presencia de Shane al otro lado de la puerta.

—¿Shane? —Claire se pegó contra la puerta, escuchando. Le pareció distinguir su irregular respiración—. Shane, no dejes que vuelva a pegarte. *Por favor.*

Oyó un sonido estrangulado más parecido a un sollozo que a una risa.

—Sí —le contestó Shane débilmente—. De acuerdo.

Y entonces sus pasos se alejaron por el pasillo, en dirección a la escalera.

Eve estaba sentada en la cama con la vista perdida. La habitación olía a madera quemada por el incendio que había devorado la habitación contigua, la de Claire, aunque allí el único daño lo había producido el humo; nada importante. Aunque, con toda aquella negra parafernalia gótica, resultaba difícil valorar los daños reales.

Claire se sentó en la cama junto a Eve.

—¿Estás bien?

—No —dijo Eve—. Quiero mirar por la ventana. Pero no debería, ¿verdad? No debería ver lo que le están haciendo.

—No —confirmó Claire antes de tragar con dificultad—. Probablemente no sea muy buena idea. —Le frotó la espalda mientras reflexionaba sobre lo que podían hacer... pero no había demasiadas opciones. Los aliados no les caían del cielo precisamente... Aparte de Shane, no tenían a nadie más. Su segunda mejor opción era un vampiro.

¿No era un poco *aterrador* aquel pensamiento?

Pese a todo, *podía* llamar a Amelie, aunque sería como lanzar una bomba nuclear para destruir un hormiguero. Amelie era tan peligrosa que el resto de los vampiros más peligrosos se retiraban ante su mera presencia sin presentar batalla. Amelie le había dicho: *Haré saber que no debéis ser molestados. De todos modos, debéis intentar no volver a perturbar la paz. Si lo hacéis, y es culpa vuestra, me veré obligada a reconsiderar mi decisión. Y eso sería de lo más...*

—Desafortunado —terminó Claire en un susurro. Sí. Muy desafortunado. Y no había forma de que aquello no se considerara una perturbación de la paz; sobre todo teniendo en cuenta que el padre de Shane había regresado a Morganville con el objetivo de matar vampiros y que no se detendría por nada, ni siquiera por algo tan nimio como la seguridad o la vida de su propio hijo.

No, no era muy buena idea llamar a Amelie.

¿Quién más? ¿Oliver? Oliver no estaba precisamente en la lista de Los Mejores Amigos de Claire, aunque al principio le había parecido bastante enrollado para ser un adulto. Pero había jugado con ella, y era el segundo vampiro más peligroso de la ciudad. Si podía, se aprovecharía de ellos, y de la situación, para atacar a Amelie.

Por tanto, no. Oliver, tampoco. Los vampiros tenían a la policía en nómina. Los profesores de la universidad... tampoco. Ninguno de ellos parecía preparado para sobrellevar una situación tensa.

¿Sus padres? Se encogió de hombros al imaginar lo que ocurriría si les pedía ayuda a gritos... Para empezar, el extraño campo psíquico que rodeaba Morganville ya les había alterado sus recuerdos, o eso creía, ya que parecían haber olvidado por completo que Claire debía regresar a casa tras descubrir que estaba viviendo fuera del campus. Con chicos. Sus padres no eran precisamente el apoyo que necesitaban en aquel momento, especialmente contra el padre de Shane y sus moteros.

Su primo Rex... vale, eso ya estaba mejor. No, Rex estaba en la cárcel desde hacía tres meses. Se lo había dicho su madre.

*Asúmelo, Danvers. No hay nadie. Nadie acudirá al rescate.*

Era ella, Eve y Shane contra el mundo.

Las apuestas estaban en tres billones contra uno.